



Cuentos cortos del caracol

por Armando Arsenio Céspedes Calderín



Pantanal Editora

2019

Armando Arsenio Céspedes Calderín

Cuentos cortos del caracol



Pantanal Editora

2019

Copyright© Pantanal Editora
Copyright del Texto© 2019 Los Autores
Copyright de la Edição© 2019 Pantanal Editora
Editor Jefe: Prof. Dr. Alan Mario Zuffo
Editores Ejecutivos: Prof. Dr. Bruno Rodrigues de Oliveira
Prof. Dr. Jorge González Aguilera

Diagramación: Armando Céspedes Figueredo
Edición del Arte: Amando Céspedes Figueredo
Revisión: El Autor

Consejo Editorial

- Prof^a. Dr^a. Albys Ferrer Dubois – UO
- Prof. Dr. Caio Cesar Enside de Abreu – UNEMAT
- Prof. Msc. David Chacon Alvarez – UNICENTRO
- Prof. Dr. Fábio Steiner - UEMS
- Prof. Msc. Javier Revilla Armesto – UCG
- Prof. Dr. Julio Cezar Uzinski – UFMT
- Prof. Msc. Lucas Rodrigues Oliveira – Municipio de Chapadão do Sul
- Prof. Dr. Rafael Felipe Ratke – UFMS
- Prof. Dr. Wéverson Lima Fonseca – UFC
- Prof^a. Dr^a. Yilan Fung Boix - UO

Consejo Técnico Científico

- Esp. Joacir Mário Zuffo Júnior - UNEMAT
- Esp. Maurício Amormino Júnior - UFMG

Datos Internacionales de Catalogación en la Publicación (eDOC BRASIL)

C422c Céspedes Calderin, Armando Arsenio.
Cuentos cortos del caracol [Recurso electrónico] / Armando Arsenio
Céspedes Calderin. – Nova Xavantina, MT: Pantanal Editora, 2019.
27 p.

Formato: PDF
Requerimientos del sistema: Adobe Acrobat Reader
Modo de acceso: World Wide Web
ISBN 978-65-81460-01-3

1. Literatura cubana – Cuentos. I. Título.

CDD Cub863

Preparado por Maurício Amormino Júnior | CRB6/2422

El contenido de los libros y capítulos, sus datos en su forma, corrección y confiabilidad son de responsabilidad exclusiva del autor. El download de la obra es permitido y la divulgación desde que sea citada la referencia del autor, pero sin la posibilidad de alterarla o utilizarla para fines comerciales.

Pantanal Editora
Rua Abaete, 83, Sala B, Centro. CEP: 78690-000
Nova Xavantina – Mato Grosso - Brasil
Telefone (66)99682-4165 (Whatsapp)
<https://www.editorapantanal.com.br>
contato@editorapantanal.com.br

Prologo

A mis 71 años recién cumplidos, YO, Armando Céspedes hablo y escribo con el énfasis de los apasionados. ¿Mi pasión?, la geografía, la historia, las crónicas, las noveletas y los cuentos cortos, de ahí ha salido esta primera obra “Cuentos cortos del caracol” que recopila 24 cuentos. Más que pasión, obsesión. Desde aquel primer Atlas en inglés que me regalara mi madre, cuando el dinero no era precisamente lo que sobraba, la geografía me ha acompañado siempre, y en esa ruta, la historia ha sido otra aliada, al extremo de que escribo un programa radial diario nombrado TIERRA Azul por la CMKW de Santiago de Cuba, dos espacios dedicados a crónicas geográficas e históricas en sendos programas, y entrego otras para la Página web de la primera radioemisora. Por si fuera poco tengo un muro en facebook con mi nombre en el que pongo esas y otras más personales. Y pese a la edad y a ser un paciente canceroso, no ceso de escribir. Le confieso que es como si una mano divina dirigiera la mía, y nada, la sigo. Así, no se asombre cuando lea algo como lo siguiente: Pidió ser una paloma perdiz. Cuando despertó era mierda lanzada a la orilla de un camino. ¿Su título?: EL DESEO. Con estos 24 cuentos cortos espero que piense conmigo y se diviertan. Ese es mi deseo y objetivo.

Armando Arsenio Céspedes Calderin

Index

C

Confesión.....5

D

Desobediencia.....6

E

El accidente.....7

El anuncio.....8

El aviso.....9

El compadre.....10

El cumpleaños.....11

El deseo.....12

El doliente.....13

El estreno.....14

El favor15

El palo.....16

El pleito.....17

El triunfo.....18

Está allí.....19

F

Frenesí.....20

H

Hambre.....21

L

La pasarela.....22

La primera vez.....23

La rutina.....24

Los tres avisos.....25

P

Patica de cucaracha.....26

S

Su gran tesoro.....27

Confesión

Lo miré con mis ojos de siempre. Bueno, no; esta vez no fue así. Ahora lo veía a través del cristal. Una vez más, le hice la misma pregunta, la que siempre le repetía cada día en los últimos cuarenta años: ¿No tienes nada que decirme?

Esta vez solo me miró con sus ojos encandilados y tristes. No respondió. Volvió a su asiento. Esperé, sabía que volvería; al rato ocurrió lo mismo, y yo repitiéndole la misma interrogante. Nada sucedió. Las horas fueron pasando lentamente. Se me acercó y me miró a las 8, 10, 12 del mediodía; no se cansaba de mirarme con su boca silenciosa, -como siempre-, aunque a las 4 de la tarde se me acercó con mucha ternura, algo inusual en su comportamiento, y ahora no le pregunté absolutamente nada. Estuve pegado a mí durante 30 minutos. A esa hora, le volví a preguntar, pero ahora al oído: ¿No tienes nada que decirme? Esta vez me respondió con lágrimas en sus ojos:

- Perdóname viejo... Siempre te quise mucho aunque nunca te lo dijera... Perdóname... Lo quitaron de mi lado. De pronto, todo se puso oscuro, muy oscuro para mí. Entonces comprendí lo que sucedía. Me levantaron en peso y me montaron en un vehículo; todo fue muy triste, pero estaba feliz por lo sucedido. Sabía que mi hijo me quería, aunque nunca me lo hubiera dicho. Ahora podría descansar para siempre, en la eterna paz del camposanto.

FIN

Desobediencia

Se asustó con lo ocurrido por la madrugada. Los 3 vasos con agua para el ojo postizo, la prótesis de sus dientes y la de beber en ayunas seguían sobre la mesa de noche, uno de ellos totalmente vacío. Por eso se vistió rápido para ir resueltamente a Emergencias del hospital cercano a resolver su situación.

Estoy acostumbrado a que se me escuche y cuando llamo la atención por algo a que se me obedezca. Por qué no hay que me aborrezca más que encontrarme con alguien que quiera hacer lo que le venga en ganas. Pero, recientemente me encontré con lo que muchos Suelen sombrar como la suela de su zapato. Pero, ahora en vez de ponerme a decir cosas por lo que me suele suceder, lo único que hago es reírme de mí mismo pues, por lo que veo, es un caso sin remedio. Es penoso ver mis cosas personales en sitios totalmente alejadas del sitio que he dispuesto para que permanezcan tranquilas. Pero, las encuentro cambiadas, como para volverme loco. Y lo peor, o tal vez lo mejor es el tono de indiferencia a esos cambios en mis propiedades muy cercanas y personales. Por ejemplo, hoy no encontré mi agenda telefónica de bolsillo por ningún lado en el lugar dispuesto, y así, echando los recuerdos para atrás fueron los espejuelos, la plástica, el bolígrafo, un libro y hasta mis dientes postizos. No le canso: lo último fue que encontré mi cepillo de dientes en el lugar de las cucharas y viceversa al día siguiente. Mi nieto mayor lo que hace es reírse de esas maldades que fuera y recontrajera que no han sido realizadas por él. Hoy, la situación que me acaba de ocurrir me dice que mi situación llegó al extremo. Le cuento rápido. Me bebí el vaso de agua con el ojo postizo y estoy aterrorizado, y eso se debe a la desobediente de mi... mano derecha. Ah...Y por si fuera poco, y no se asombre, la izquierda ya comenzó a hacerme las suyas.

FIN

El accidente

Entrar en aquel lugar le recordaba las cámaras de gases venenosos hitlerianas aunque nunca en sus vida las había visto; solo en películas pero por el solo hecho de penetrar en aquel tugurio le vino a la mente. Y lo que no se perdonaba en esa lluviosa mañana de septiembre era el irreverente deseo de sus tripas de evacuar urgente y en ese mismo instante. Caminó, casi corrió por las calles comerciales de la ciudad buscando un baño y cuando lo encontró aflojó un poco las tensiones. De inmediato entró al tiolet como una flecha buscando la diana y maldijo una y mil veces su antojado cuerpo. Entonces sacó el reloj suizo de bolsillo recuerdo de su padre, comprobó la hora y lo resguardó muy cuidadosamente en el bolsillo trasero. Si se tardaba un minuto más se embolsaba en los pantalones y eso sí no se lo perdonaría nunca. Ya agachado y con los dos pies encima de la taza sintió alivio al finalizar. Entonces bajó una de las piernas y en otra pirueta circense haló un trozo de papel del bolsillo trasero y se estremeció cuando sintió el sonido sordo de algo que caía dentro del servicio.

-¡Mi madre...! ¡Qué mala suerte la mía...!

No lo pensó dos veces: con el pantalón a media pierna metió la mano dentro de la taza, removió todo aquello, sin pensar qué tocaba y encontró su apreciado reloj. Dos hombres que amasaban rabos ajenos se asustaron cuando escucharon sus gritos de alegría:

-! Mi reloj...! ¡Mi reloj...! -! Mi reloj...! ¡No lo podía dejar perder...!

FIN

El anuncio

Sobresalía por sus enormes letras negras sobre el blanco en que estaban escritas. Cada vez que pasaba por allí, y lo hacía al menos cuatro veces al día, lo miraba desde el ómnibus, aunque en ocasiones caminaba por aquella avenida cercana a la Universidad citadina. Entonces pensó que solo un milagro haría realidad su sueño de quitar aquel anuncio cautivador para sus ojos y mente. En su imaginario estaba marcado que él mismo lo quitaría en las próximas semanas. Entonces no lo pensó más. Tomaría sus pocos ahorros y compraría un billete de la lotería y tendría en sus manos lo que necesitaba para cumplir con su sueño dorado: en cuanto venga mi suerte se acabarán mis desvelos. Por fin llegó. En la fecha prevista para el sorteo y desde una semana antes tenía lo que decidiría su suerte. El billete marcaba el número 062611. Esperó el resultado del sorteo sentado en una de las sillas que había remendado con tablas y clavos recogidos en un basurero cercano. Puso nervioso la radio y las voces fueron desgranando uno a uno y muy lentamente los dígitos salvadores. Se erizó cuando una voz femenina cantó: 0...6...2...6...1... Dios mío...fue lo único que pensó mientras sujetaba la hoja de papel con fuerza sobre su pecho. Entonces cantó el último número: 2. De inmediato una voz masculina chilló: ¡Premiado en cien mil pesos! Sintió que el alma se le salía del cuerpo, pero tuvo fuerzas. Recuperado se levantó y tomó nuevamente el ómnibus. No se asombró cuando delante de sus ojos un hombre muy bien vestido levantaba el cartel que decía SE VENDE ESTA CASA con sus letras negras sobre un fondo blanco. Pensó y dijo: Total...No me gustaba por el color amarillo de sus paredes...Ya aparecerá otra más bonita. Y sonrió con una mueca por su suerte.

FIN

El aviso

No me agradan las premoniciones, Bastante he tenido en mi vida y no me resulta nada agradable saber cosas con horas, días, semanas, lo que sea con antelación. Es una sensación horrible que se apodera de cuerpo y alma hasta que ¡zaz! sucede aquello que me han avisado con antelación. Nada más horrible que conocer la fecha exacta del deceso de mi madre. Fue con una semana de antelación en 1998. Simplemente horroroso aunque sin sobresaltos pues aunque nunca lo quise creer así mismo sucedió. La voz, sí una voz convenientemente situada en mi oído derecho me lo sopló así: el día 18 de su muerte tu mamá...Y solamente me dije: ¡Qué noticia más horrible! La última fue muy simple, y como es lógico pensar no me gustó aquel aviso. Me vino de un pájaro nombrado negrito. Le cuento: el gorrión es un ave descarada en el sentido que se te acercan y nada sucede...Pero, el negrito es un pájaro arisco y ese día, a las 10 y 30 de la mañana entraba yo a Radio Mambí, y por encima de mi cabeza volaron cuatro o cinco de ellos; uno se posó descaradamente, increíble, en la cerca de la emisora, miró hacia el interior, dio una vuelta en redondo y se colocó frente a mí; en cuestión de segundos. Yo me paralicé en el acto y sentí lo que me quiso decir en aquella mirada oscura: ¿Dios mío...Quién se irá a morir? Fue lo que pensé y maquinalmente doblé mis dedos índice y del medio para espantar cualquier maldición y enseguida pensé en mi muerte. Terminado su mensaje, voló hacia el sur y yo entré muy preocupado pensando en la premonición. A las 3 a.m. escuché la noticia: a las 10 y 29 de la noche había fallecido Fidel Castro, doce horas después de aquel aviso.

FIN

El compadre

Toñico Marín se le apareció ese atardecer a Rafael Muños. Su buen amigo y compadre no se inmutó ante su inesperada presencia. Solo le dijo:

- Creí que no te iba a ver nunca más.
- Eso también lo pensé...Pero, ya ves, aquí me tienes...

Se dieron varios tragos. El aguardiente quemó rudamente sus gargantas. Al amanecer, Toñico le susurró al compadre:

- No sé cuándo te vuelva a ver...Sabes que no es fácil venir por acá...
- Realmente no lo sé, aunque trato de imaginármelo. No importa, vaya bien.
- De todas formas, apúrate, sabes muy bien que allá te estamos esperando...

El visitante se dio el último trago, recogió sus bártulos y se esfumó en la oscuridad del pronto amanecer. Un gallo quiso cantar tres veces, pero se arrepintió: le salió un horroroso quiquiriquí y enseguida enmudeció.

Rafael Muños lo vio perderse entre la neblina del camino del camposanto. Entonces, pensó y se dijo en voz alta:

-¡Solo a un comemierda como tú se le ocurre enfermarse en un pueblo sin médicos ni medicinas! ¡Y por si acaso, no beberé nunca más para no seguir viendo visiones! ¡Solavaya!

FIN

El cumpleaños

Demetrio Atala, mi bisabuelo, cumplió ayer sus 100 años. Curiosamente, esa tarde, se paró desnudo ante el gran espejo de su habitación y se dijo a sí mismo:

- Esos ojitos que tantas mujeres hermosas vieron hoy cumplen 100 años...

Hizo una pausa y volvió a decirse:

- Esa naricita que tantas mujeres olieron hoy cumplen 100 años...

Sin pausa, se volvió a mirar, y dijo...

- Esa boquita que tantas mujeres besaron hoy cumple 100 años...

Y de pronto, sin ninguna pausa, miró su parte pudenda, y expresó:

- Y tú, si no te hubieras muerto hace muchísimo tiempo ¡hoy también cumplirías 100 años...!

FIN

El deseo

A Ramón Pringamosa la sorpresa lo enmudeció. Realmente se les salieron los arrugados ojos cuando vio aquello. Un corrientazo muy fuerte le entró por la planta de los pies, le retumbó en la cabeza y como quien no quiere las cosas se le alojó entre las nalgas; dicho de otro modo: el culo le hizo pucheros. Como buen curioso lo tocó primero y palpó su dureza; nunca había visto algo así. Entonces, le pasó las manos una, otra vez y en su desquiciante deseo se bajó rápido el pantalón y el calzoncillo y para que resbalara mejor, problema que siempre presentaba, se untó un poco de grasa y se acomodó encima. El dolor, grave y persistente, duró un rato, pero luego se sintió mejor en aquella cosa.

-¡Cuánto tardé en mi vida para poderte disfrutar...! ¡Qué gran placer...!- Fue lo único que pensó. Su alma y su cuerpo se estremecieron de profundo placer. Era tanta su lujuria que otro repentino deseo le hizo pararse, limpiarse, sentarse nuevamente y echarse más grasa.

- Para que resbale mejor y no me molesten los dolores...- Y volvió a acomodársele encima. El sueño de muchos años ahora era una realidad. Cuando sintió que todo había terminado se levantó y se limpió muy bien. Entonces, haló muy bien la palanca y todo desapareció en un torbellino de agua. Nunca más daría de cuerpo en la desaparecida letrina; había estrenado su nuevo servicio sanitario.

FIN

El doliente

Románico Pombo, guardián del camposanto, vio, sorprendido, cómo el mismo hombre, iba a llorar diariamente a moco tendido, pero en silencio, encima de la misma tumba. Un día se le acercó y le preguntó curiosamente:

Variante 1.

-¿Quién está ahí?

- Mi madre...

-¿Por qué lloras si ya está muerta?

- Lloro por mí; nunca le dije lo mucho que la quería.

Variante 2.

-¿Por qué lloras si esa tumba está vacía?

- Porque nunca tendré quien venga a hacerlo por mí.

FIN

El estreno

En el programa radial de la tarde todo funciona normalmente. Hoy es la presentación oficial del nuevo locutor: trabajará solo. Un cristal lo separa del lugar desde donde el director y el operador de audio van llevando el desarrollo del trabajo. Por cierto, el responsable de todo piensa que todo estará bien en esa tarde de estreno. Pero, del otro lado está uno nuevo; con su voz melosa los tiene en vilo. Termina el musical y al conductor se equivoca cuando conversa con los oyentes; se le traba la lengua en tres ocasiones consecutivas. El director se pone nervioso y en vez de usar los audífonos, le grita a todo pulmón, con gestos teatrales, un consejo sano:

-¡Lengua ayuda a tu amo...!

Entonces, el novato se sonríe, engola aún más la voz, y dice al aire:

- Ahora para ustedes un estreno musical en esta tarde de domingo: “Lengua, ayuda a tu amo...” ¡Disfrútenlo...!

En ese mismo instante un apagón saca del aire a la planta radial, por lo que los estimados oyentes se quedan con las ganas de escuchar ese nuevo musical que tiene un título tan sugerente y raro.

FIN

El favor

Talía Tobruk, mulata santiaguera de cuerpo escultural, con ojos verdes fulgurantes, caminaba cada día con premura, de su casa al trabajo y viceversa. Era la sensación entre los hombres, quienes no cesaban de regalarle los mejores, y también, peores elogios ante tanta belleza junta que a su vez era envidiada por las mujeres.

Lía, que tal le decían cariñosamente, apenas hacía caso a lo que solía escuchar a su paso entre aquellos, cinco jóvenes quienes en una esquina, le regalaban siempre las más hermosas alabanzas. Entre ellos sobresalía la voz gruesa de un mulato alto y fornido, quien con la boca abierta como queriendo comérsela, le repetía una y otra vez: -Negra...! Tú vas a ser la causa de mi muerte...!- Cierta tarde, con la adrenalina algo subida en su cabeza, escuchó el consabido mensaje y enseguida miró a través del rabillo del ojo, frenó su andar y volvió sobre sus pasos. Bien cerca del hombre, quien no cesaba de mirarla como el lobo de Caperucita Roja, le dijo con absoluta solemnidad, al tiempo que doblaba los dedos de una mano en forma de cruz: - Te juro por esta santa cruz, -la besó-, que te voy a complacer...-Entonces, se detuvo el tránsito en la calle del Reloj, por un golpe seco desconocido, y de inmediato las vecinas chismosas de aquel edificio azul sacaron sus cabezas y aguzaron los oídos, mientras que al hombre se le caía la mandíbula y comenzaba a babear con intensidad, como un león hambriento con sus ojos salidos de sus órbitas: - ¡Escucha te lo juro...! ¡Como seré la causa de tu defunción, te daré el mayor de los gustos: abriré mis piernas y sin ninguna pena...-¡Qué rico...!- gritó el descarado, al tiempo que Lía terminaba sonriente la oración: -lorinaré sobre tu tumba el día que te mueras!

FIN

El palo

Me casé hace tres días con una señora de 80 años. En cuanto me vio se volvió loca por mí, y en cuanto me dijo que tenía las tres “c”, casa, coche y “cocos”, o sea billetes, y que vivía sola me enamoré locamente de ella. En fin, los dos viejitos nos casamos inmediatamente y ya en aquella mansión, qué casona, repleta de cosas me sentí bien. Me deslumbré con la enorme cama, me acosté deseoso de descansar y ella, sin ropa, desnuda como vino al mundo con aquella piel arrugada como un papel, me dijo al oído: Viejo, échame un palo. Enseguida me le lancé encima y cuando más entusiasmado estaba me tocó en el hombro y me dijo: Viejo, te dije que me echaras un palo y no que hiciéramos tortilla.

FIN

El pleito

El viejo, bajo y regordete no cesaba de pelearle a la muchacha, que sorprendida no conocía la verdadera causa del enfado de aquel hombrecito, que a medida que subía el tono de su pleito se iba poniendo más y más colorado. Ella no decía absolutamente nada. Nunca decía nada. Sólo veía cómo gesticulaba y comenzaba a ahogarse de tanto pelear, hasta que cayó redondo en la acera. Los transeúntes se acercaron a auxiliarlo, pero se había orinado y defecado en los pantalones. No respiraba. Unos la señalaban a ella como causante del inusitado pleito que en realidad no había provocado. De pronto, otra chica se le acercó y le preguntó qué había sucedido. Ella le respondió que no sabía, que aquel viejito se había caído al suelo, al parecer por pelear tanto y que le parecía que estaba loco. Enseguida lo montaron en un carro y lo llevaron hacia el hospital más cercano. Muy apenadas las amigas continuaron tranquilamente su camino, mientras seguían su conversación por señas.

FIN

El triunfo

Trinito Conca no pensó en las consecuencias de su accionar. Un tipo como él, castizo a toda prueba, tenía que encontrar una respuesta pronto. De lo contrario, haría el ridículo ante todos los que afirmaban que estaba equivocado. No lo pensó dos veces, se trepó hasta lo alto de la columna y entre las molduras de la arquivolta encontró la rajadura. Abajo todos lo miraban atónitos, unos pensando que estaba loco y otros que era un tipo que vivía gozoso con las bufonadas que hacía. Allí, en aquel entrepiso, con apenas espacio donde poner los pies, mostró con un ditirambo salido del fondo de su corazón el triunfo que había obtenido y comprobó, tal vez, por última vez que tenía la más absoluta razón: la moldura se resintió con su peso, y salió volando hacia la escalinata adonde nacía aquel edificio. Abajo, el público grito con desesperación. El final fue lúgubre para sus seguidores; el resto siguió horrorizado su camino. Un anciano, con un viejo uniforme de tranviario, dijo una frase lapidaria: -Un loco menos- se puso su gorra desteñida y siguió caminando por la calle por donde había venido.

FIN

Está allí...

La vi tirada en la orilla del trillo por donde camino todos los días. Nos miramos. Me dijo con tono lastimoso: ‘Llévame contigo’ El crudo sol tropical la quemaba. Al día siguiente volví a tomar el mismo trillo que camino habitualmente. Estaba todavía allí. La vi bocabajo como no queriendo mirarme. Lo sentí. Al tercer día seguía desafiante frente al sol y esta vez me gritó: “Oye, viejo...Llévame contigo, me derrito al sol”. Retrocedí. El color rosado de su piel estaba mustio. No lo pensé. La recogí. Lavé su suave piel de plástico y volvió a sonreír. Ahora la contemplo todos los días. La florecita de pétalos rosados, esa que sin pensarlo recogí, está enganchada en una ramita, entre mis libros. Sonríe, sonríe, sonríe. Y yo siento, como si tuviera cuerpo, respiración y sobre todo alma agradecida. No cesa de cantarme suavemente.... La tengo, conmigo, allí.

FIN

Frenesí

La tomó con avidez entre sus manos. La acarició completamente y sintió la suavidad de su piel. Los deseos le fueron creciendo a medida que deslizaba sus ansiosas manos por todas sus partes. Las elevadas y las hundidas le parecieron perfectas, justas a la medida de su gusto. Luego acercó la nariz a su piel, y el delicado olor le despertó mayores deseos; no cesaba de tocarla y tocarla. La lujuria fue mayor cuando le dio un suave mordisco. No gritó pero se deleitó. Hacía tiempo que no sentía una sensación tan abrumadora. No pudo resistir más la tentación, la olió nuevamente y le dio una mordida en su delicada piel. Por sus labios corrió su líquido vital. El ciego se sintió enteramente complacido: hacía tiempo que no se comía una manzana como aquella. emetrio Atala, mi bisabuelo, cumplió ayer sus 100 años. Curiosamente, esa tarde, se paró desnudo ante el gran espejo de su habitación y se dijo a sí mismo: - Esos ojitos que tantas mujeres hermosas vieron hoy cumplen 100 años... Hizo una pausa y volvió a decirse: - Esa naricita que tantas mujeres olieron hoy cumplen 100 años... Sin pausa, se volvió a mirar, y dijo... - Esa boquita que tantas mujeres besaron hoy cumple 100 años... Y de pronto, sin ninguna pausa, miró su parte pudenda, y expresó: - Y tú, si no te hubieras muerto hace muchísimo tiempo ¡hoy también cumplirías 100 años...!

FIN

Hambre

Manuela Espinoza, indígena del Chapare boliviano, rezonga mientras lanza las semillas a voleo sobre el suelo preparado para la siembra. Lluve del cielo, pero también hambre aquel día de 1990, año del Señor. En su espalda lleva amarrado a su hijito enfermo, y aunque el sol no quiere calentar hay que trabajar. Hay que comer. Mientras, mastica con rabia una hoja de coca, la que les da fuerzas a los aborígenes de Bolivia, olvidados y parias en su legendaria tierra, desde hace muchos siglos. Solamente piensa: *“Por favor, señor Diosito, no te olvides de nosotros.”* Se detiene. No siente que el niño se mueve. *“Se ha dormido, el pobrecito...”* Entonces, cuando termina con aquel pedazo de tierra se sienta, debajo de la sombra de un árbol, y recuerda, con odio, el día en que el ejército nacional, enviado por el espurio presidente Jaime Paz Zamora, vino con aquellos hombres blancos, rubios y de habla extraña, a destruir sus milenarios campos cocales, los mismos que entretienen su hambre ancestral y que forman parte de su arraigada cultura. *“Ellos son los que convierten mis hojas en otra cosa. Esa es nuestra vida, nuestra fuerza para sobrevivir.”* Al fin, se desata al niño de la espalda, y lo coloca entre sus piernas al tiempo que se saca un seno para amamantarlo. Entonces, lo mira bien, lo mueve y zarandea, al tiempo que refleja en su cara un gran dolor. Sus lágrimas son secas. Solo piensa y dice: *“Mi hijito, te muriste de hambre... Te muriste de hambre... Ay, pero no te preocupes... Aunque Él nos haya olvidado, sé muy bien que estarás con tu barriguita llena con el señor Diosito allá en lo alto del cielo...”*

FIN

La pasarela

Ellos no saben qué es una pasarela. Muchos no nos imaginamos qué sentido o misterio profundo puede tener esa palabra para quienes caminan por ella. Pero, para mis personajes es algo totalmente desconocido pues ellos solo saben hacer es correr, gritar, acoplarse, comer y *dar de cuerpo* a lo largo de su vida. Y a partir de ahora ver lo qué sucede en su inquietante pasarela. Esa es la realidad. Pero, aunque no lo sepan sí es preciso que Usted comprenda el significado de la pasarela pues ella es el sentido de aquellos que se deleitan o no, que se alegran o enfadan cuando comienza el *show* y el espectáculo, palabras de las que ni se imaginan qué quieren decir aunque sean parte de esa, digamos, ceremonia diaria o casi diaria. Ellos saben del comienzo pues el sol marca el tiempo, la hora y hasta las estaciones por lo que se sientan, se acuestan, se acomodan o simplemente le dan la espalda a lo que va a suceder de inmediato.

De pronto, se acercan los primeros *pasarelosos*, *palabrita inventada para esta historia*, y todos abren bien los ojos para verlos pasar, realmente desfilan. Entonces, unos se ríen mientras comen algo, otros aplauden, aquellos los señalan con sus manos torpes, más acá alguno habla mal, en su lengua vernácula; de dos que tienen las caras bien arrugadas, les sorprenden los atuendos que llevan en sus cuerpos; a uno lo ven llevando algo en la cabeza, en una mano o sus pies tapados con todo tipo de cosas pero, de pronto gritan y se agitan cuando uno de bajo porte viene con una rama en la mano que pretende descargar sobre ellos y gritan y huyen; les sorprende dos que se tapan con una hoja grande y un palo; quisieran sonreír cuando les sacan la lengua algo que no comprenden o hacen muecas horribles cuando le lanzan cualquier objeto, desde piedras hasta esas objetos dulces que a muchos les gusta. Pero, se agitan cuando uno le tira unas cositas de mal sabor y se ríe con una burla. En fin, casi cae el sol y es tiempo de recogerse, y marchar hacia sus sitios. Uno de ellos, viejo entre los viejos, se tira en un sitio cómodo y solo piensa y apunta: *Qué barbaridad... Y nos dicen que somos los que más nos parecemos a ellos y que somos los salvajes por ser simplemente los chimpancés de este appestoso zoológico... pero no les creo pues se comportan tan mal con todos los animales de aquí. Ah... Nosotros bestiales y ellos, ¿qué serán... qué serán?*

FIN

La primera vez

A la mujer no le agradó la forma en que el hombre la miraba. Se sentía molesta, nerviosa. Él notó su ofuscamiento y trató de ser sumamente amable:

- Abre bien...Quiero verlo todo. No temas.

Le colocó bien el foco y la abrió un poco más. Él se deleitó ante tanta belleza. Hizo un gesto de aprobación y le acercó más la luz. Ella sintió el calor sofocante de ambos: el del hombre y el de la bombilla. Entonces, le introdujo ceremoniosamente un dedo y luego el otro. Se saboreó con gusto; luego hizo lo mismo con el aparato, y le dijo con suavidad:

- Aguanta...No te va a doler...

Sintió el empuje y forcejeo, pero desistió de su miedo. Lo dejó hacer. Enseguida corrió un hilillo de sangre.

-Ves que fue fácil... Pronto se te curará...

Se levantó, se arregló y partió rumbo a su casa. Por ser la primera vez no le había dolido. El hombre era un maestro de verdad. Siguió calle abajo. En una mano llevaba el molesto diente que ahora pondría definitivamente al sol.

FIN

La rutina

Manuela Moyano se levanta desnuda y camina hacia el baño para realizar su aseo personal. Juan Turrialba, su esposo, la observa detenidamente desde la cama, mientras, por el río Toa, Longobaldo Talabert desciende con su cayuca cargada de plátanos hasta el tibaracón, - una barra de arena-, cercano a la ciudad cubana de Baracoa, y el párroco de la iglesia del Carmen toca parsimoniosamente las siete campanadas de la mañana.

Al fin, parado frente a la puerta abierta del baño, algo mareado, con su dentadura postiza en una mano, con una mascada de tabaco en la otra y con las piernas entrecruzadas por los fuertes deseos de orinar, Juan Turrialba le dice a la mujer:

- Vieja...Después de cincuenta años de casados hoy llego a la triste conclusión de que tú te lavas más “ese conejo viejo” que la cara...

La vieja, inmutable en su aseo, al rato, y sin levantar la cabeza, le responde:

- Es que tiene mal aliento.

- ¿! Qué dices...Mal aliento...!? ¡Solamente la boca lo tiene!

- Te equivocas... este tiene peste a tabaco mascado, a alcohol de reverbero y a boca de viejo desdentado...

Y siguió lentamente con su tranquila rutina sin importarle la imperiosa necesidad de orinar que tenía su sorprendido marido.

FIN

Los tres avisos

Caminaba, algo común, por aquella avenida colmada de vehículos disímiles y de personas que iban y venían, buscando el sustento para el fin de semana. Yo, que no soy diferentes a los demás, inauguraba mi bastón, algo que criticaban los demás por ser un rústico palo de bambú que no me daba ningún prestigio, pero ese es el que quería. De pronto, sentí que algo detuvo mi paso en dos ocasiones, algo que le suele ocurrir pues algunos que caminan bien en ocasiones pisan o golpean el bastón. Pero, esta vez era una perra blanca y negra que me miró con ojos culpables. Seguí mi camino y casi por tercera vez quiso mordirme el bajo del pantalón pero una señora que venía de frente a mí al ver lo que el animal quería hacer, le dio un NO contundente y cuando me viré levanté el palo y le hice un ademán de golpearle y entonces entendió cuál era mi intención con respecto a su actitud hacia mi persona. Poco después retorné por la acera de enfrente y allí estaba cómodamente sentada en un lado de un kiosco para la venta de emparedados. Pensé varias cosas con respecto a su actitud y concluí que ella no me quiso morder pues tuvo tiempo para ello. Simplemente me confundió con algún viejo con bastón, que quizá le daba de comer allí mismo, y como seguí de largo lo que hizo fue mordirme el bajo del pantalón para avisarme, con sus ojos de ruego, que había pasado de largo sin saludarla ni darle algo para comer. ¡Vaya historia...!

FIN

Patica de cucaracha

Le decía patica de cucaracha por la forma muy delgada, finita de sus piernas. Sus canillas parecían resentirse del peso de su cuerpo fornido por lo que se apoyaba firmemente en su grueso bastón. Pero lo mataban aquellas horribles piernecitas. Aun así, no dejaba de ayudarme en todas mis tareas y negocios. Velaba por que todo me saliera bien. Hasta cocinaba, lavaba, atendía los menesteres caseros y me acompañaba, como guardaespaldas a resolver todas mis diligencias. Pero, en los últimos tiempos las cosas no me salían bien. La competencia era grande y desleal. Sabía que los magnates, los poderosos de siempre no me veían con Buenos ojos. Sentí que el ambiente se enrarecía cada vez más a mi alrededor. Sentí que algunos me miraban hoscos, que no querían saludarme. Los negocios empezaron a mermar y presentí traición y la sentencia de muerte sobre mi cabeza. Entonces un pensamiento se posó insistentemente en mi mente: ¿Estaría patica de cucaracha detrás de todo eso? La respuesta me llegó aquella tarde de junio. El hombrín entró corriendo y sin apoyo del bastón al interior del cuarto. ¡Apúrate, escóndete que te vienen a matar...! Un disparo lo tumbó. Respondí con otro contra la figura que se recortaba delante de mí puerta. Me lancé al piso y levanté la cabeza del herido. Solo me dijo:

- Me voy...Me voy...Me dieron. Cuidate que ellos te desean muerto. Una cosa, me gustó el apodo...Me dio la medida que te fijaste en mí, al menos en eso. Perdóname esto: Siempre te quise, como hombre, aunque nunca te diste cuenta.

FIN

Su gran tesoro

Mauricio Silvano se movió lentamente en su balancín mientras su mente se reía maliciosamente de él y no se cansaba de decirle:

- “Con 50 años en tu cabeza y aun no te encontraste el tesoro con el que tanto soñaste para hacerte rico...”

El hombre al escuchar esa voz se reía y contra reía de su disparatada mente:

-¿Tesoro? ¡Qué tonta eres...! ¡Y eso que eres mi mente! Razón tenía mi padre cuando me decía: “el mayor tesoro está en tus manos: úsalas con inteligencia” Y nadie mejor que tú sabes que aprendí esa lección que nunca quisiste aprobar. ¡Yo vivo feliz con mis manos y mi trabajo!

Lentamente se levantó y abrió la puerta de su casa. Allí estaba lo estaba esperando el tesoro que había sabido resguardar: la cabeza de sus agradecidos clientes. Era el barbero de aquel barrio.

FIN



Armando Arsenio Céspedes Calderin

Graduado de la carrera de Profesor de Escuelas Secundarias Básicas, en la especialidad de Historia y Geografía, Instituto Pedagógico Frank País, Universidad de Oriente (1968).

Graduado de la carrera de Profesor Superior de Geografía, Instituto Superior Pedagógico Frank País, Santiago de Cuba (1978).

Especialista en Geografía Económica, Instituto Superior Pedagógico Enrique José Varona, La Habana (1986).

Es especialista en Geografía Histórica.

Posee la categoría docente y de Asesor Científico de la Asociación de Pedagogos de Cuba en Geografía, Geografía Histórica y Metodología de la Geografía de la provincia de Santiago de Cuba.

Pantanal Editora

Rua Abaete, 83, Sala B, Centro. CEP: 78690-000
Nova Xavantina – Mato Grosso - Brasil
Telefone (66)99682-4165 (Whatsapp)
<https://www.editorapantanal.com.br>
contato@editorapantanal.com.br

ISBN 978-658146001-3

